



knowsquare .

ANGEL ALDA

10 DE OCTUBRE DE 2014

EMPRESA Y POLÍTICA

ARTÍCULO

knowsquare .

Privado y Confidencial

Prohibida su Distribución sin Autorización Expresa del Autor y
Know Square S.L.

Empresas y poder político. Una alianza histórica en precario.

La relación de las empresas -me refiero a las grandes empresas- con el mundo de la política, en España, ha tendido a ser confusa y en general poco transparente, por no decir oscurantista. Gabinetes de presidencia, comités de crisis u oficinas de relaciones institucionales son el escenario casi único de esas actividades y eso siempre referido a un número muy limitado de empresas -ni siquiera todas las del **IBEX35**-. Por supuesto que existen vínculos personales -familiares, académicos, profesionales- entre los altos directivos del país y las cúpulas partidarias. Ocurre a veces que esas conexiones personales, entendidas como línea de comunicación privilegiada, no contribuyen a dotar de transparencia el conjunto de las relaciones entre las empresas y la política -las famosas puertas giratorias-. Las relaciones con los parlamentos, con las oficinas gubernamentales, con los organismos públicos, etc., se realizan usualmente por vías interpuestas -fundaciones, despachos de abogados, lobbies- debido a la falta de un lenguaje común a las élites políticas y las empresariales. Dejo aparte, aunque realmente en nuestro mundo esas relaciones son vitales y determinantes, los vínculos en los que la administración pública es cliente o contratante de determinadas empresas. Al contrario que en países del área sajona y del norte occidental en los que la vinculación de los empresarios con la política es mucho más transparente y directa, en España, y en general en los países latinos, entendemos esas relaciones como vergonzantes, necesitadas de canales discretos. Me temo que muchas veces esos vínculos de puerta trasera son el origen de determinados vicios, prácticas clientelares y corrupción.

En general la empresa -la gran mayoría de las empresas- se mueve al margen de la política. Actitud razonable en sociedades libres, democráticas y de mercado. Los lazos de la empresa con la política son casi exclusivamente indirectos. Se expresan a través de las corporaciones patronales, de grupos de interés, de medios de comunicación y poco más. Por supuesto que los propietarios y gestores de las empresas tienen su corazón y sus vinculaciones privadas con los partidos y los sectores políticos pero en la mayoría de los casos, para lo bueno y para lo malo, apenas tienen traducción en el día a día de la empresa. Así ha sido tradicionalmente en España debido a nuestra historia y sin embargo, y no por casualidad, la política, los acontecimientos políticos determinan el presente y el futuro de las empresas. Llama por tanto la atención la falta de bilateralidad y transparencia en las relaciones. En situaciones normales y por economía de recursos, el empresario, y el ciudadano en general, confía en que las instituciones harán bien su trabajo. Y piensa que sus representantes en la esfera corporativa: la patronal, las asociaciones profesionales, los grupos de interés y los partidos políticos afines a la mentalidad empresarial y al libre mercado, que no son pocos ni débiles, sabrán comportarse debidamente. Incluso, en situaciones de crisis, aceptarán los sacrificios que la situación exija. *Business as usual*. En cada giro estratégico necesario que ha dado el capitalismo en doscientos años de historia allí ha estado un núcleo de empresarios y hombres -mujeres desde hace menos tiempo- optando por ello y a la cabeza de los cambios. De alguna forma la dinámica poder-empresa es la fuerza dominante del mundo capitalista o así nos lo ha parecido hasta ahora.

La crisis. Un cambio radical de las reglas de juego.

Pero la mundialización o globalización y la crisis del sistema en el que “residimos” parecen haber alterado las reglas de juego. Tal como afirma **Moisés Naím** en “El fin del poder”, nunca el poder entendido como el conjunto de gobiernos, empresas y corporaciones- ha estado menos concentrado y

nunca como ahora las instituciones se han sentido tan desamparadas y huérfanas. Parece haberse abierto en el mundo un periodo histórico en el que nadie parece llevar las riendas y en el que cualquier cosa puede pasar. Como escribe **Javier Solana**: “*Cuanto más interdependiente se hace el mundo los grandes actores parecen menos dispuestos a asumir responsabilidades globales*”.

Apostamos habitualmente por considerar que la salida de la crisis puede poner fin a esa fase de dilución del poder y que la emergencia y consolidación de nuevos bloques económicos y políticos -Asia, Pacífico, BRIC- tenga consecuencias positivas y permita enderezar el rumbo de una economía internacional necesitada de revulsivos y nuevas orientaciones. Pero ese nuevo amanecer no parece anunciarse por lado alguno. Más bien asistimos a la fragmentación de las fuerzas políticas en el mundo occidental, al desarrollo de bloques regionales competitivos y confrontados unos con otros y a la aparición en muchos países, especialmente en los más desarrollados, de propuestas populistas, nacionalistas y radicales, amén de nuevas y reforzadas reivindicaciones territoriales, que no anuncian nada bueno. Y en lo relativo a las potencias emergentes parece como si nuestra confianza en su fuerza motora y dinámica para ayudar al mundo global a salir de la crisis se haya tornado desconfianza y temor. Tememos a Rusia por su empeño en recuperar su identidad imperial y no acertamos a idear una estrategia adecuada para hacer frente a esa amenaza. Nos asusta la crisis brasileña y apenas sabemos qué hacer con los chinos una vez que hemos comprobado que tienen propios objetivos como potencia. Regiones enteras del planeta como el Sahel o el Oriente Medio viven procesos de desgobierno y de militarización y se incrementan las amenazas en los ámbitos de la salud y las migraciones. Al tiempo asistimos al deterioro de las formas de vida tradicionales -empleo, bienes sociales, gobernabilidad- propias de las grandes clases medias en los países del centro. En general, y si tiene razón el profesor del IE Business School **Fernando Fernández Méndez de Andés**, todos estos fenómenos son respuesta a la globalización. Respuesta torpe y posiblemente negativa pero que generan una enorme desazón en las élites gobernantes y dirigencias políticas y económicas del mundo entero. Razonaba recientemente **Fernández Méndez** en El País sobre la dificultad de entender, por ejemplo y escribiendo sobre el caso escocés, “*el hecho de que alguien esté dispuesto a abandonar una unión económica y política de tanto éxito como Reino Unido —una unión que muchos en Europa buscan desesperadamente emular— para enfrentarse solo a un mundo inseguro, geopolíticamente inestable y en un entorno económico y financiero sumamente estresado*”. Algún analista ha encontrado similitudes y concordancias muy llamativas entre nuestra época y la previa a la Primera Guerra Mundial, de la que hoy nos separan exactamente cien años. Recordemos, y no para asustar a los lectores, que el ciclo histórico trágico que se inició en 1914 no tuvo un final político hasta la conclusión de la Segunda Guerra Mundial en 1945.

Nuevas formas de intervención política de las empresas

En esa situación la pregunta es si las empresas deberían incorporarse con su propia fuerza al debate y al diseño de estrategias de cambio. No ya a la defensiva limitando su presencia a los debates fiscales, reguladores o industriales sino en el territorio mismo de la definición de nuevos proyectos políticos.

Son miles las empresas cerradas y empresarios arruinados. Centenares los ejecutivos y técnicos desempleados y subempleados. Autónomos, comerciantes y pequeños empresarios viven sin representación política. Esa situación, igual que en otros momentos históricos, será el caldo de cultivo para la emergencia de nuevas fuerzas políticas populistas que amputarán la fuerza de los partidos de

centro y de derechas como estamos viendo en Francia y en otros países europeos. En España aparentemente esas fuerzas emergentes -y nos referimos en especial a Podemos- puede que estén muy orientadas hacia proyectos radicales de izquierda pero, por mucho que estemos vacunados de espanto por nuestra propia historia, me temo que en poco tiempo veremos la aparición desde la derecha de otras fuerzas de signo contrario que junto con el populismo de izquierdas laminarán los votos y la representación de las fuerzas democráticas que hasta ahora han representado el espíritu constitucional nacido durante la transición y harán de más difícil gobernación el país en coincidencia con la propia crisis territorial catalana, que añade un rango de complejidad extrema al conjunto de la situación.

En esta coyuntura los partidos constitucionales parecen bloqueados por entorno tan poco propicio y dudan sobre la mejor estrategia de salida de una situación de crisis creciente. Estamos viendo ese fenómeno en toda su crudeza con respecto a la crisis catalana. En estos momentos las empresas catalanas viven un desgarramiento íntimo -que tiene traducción en el seno de sus instituciones corporativas- y apenas pueden articular un mensaje unitario más allá de los mantras habituales sobre la ley y la demanda de diálogo. Sienten como si la política les fuese ajena y apenas entienden las claves de lo que se nos viene encima. La contención formal y la discreción, señas de identidad tradicional de las instituciones empresariales, es entendida por unos ciudadanos como complacencia con los políticos secesionistas y por otros como ambigüedad o complicidad con el poder central. Muchos temen que los acontecimientos deriven en obligadas tomas de posición que descompongan el equilibrio institucional catalán y el español mismo.

Puede que la crisis política española, mucho más si la salida de la recesión se alarga o se complica, derive para el empresariado español y especialmente para aquellas empresas poco o nada internacionalizadas en un escenario similar al que hoy viven las empresas catalanas y españolas instaladas en Cataluña. Descomposición del sistema de partidos, desgobierno institucional y acceso al poder de coaliciones populistas. En ese marco puede que muchos empresarios se planteen como volver a recuperar su propio espacio en la política. Sería bueno, como mínimo, que fueran interrogándose, aunque solo fuera como ejercicio de análisis, sobre nuevas maneras de relación con la política y con las instituciones. Aunque solo sea para ayudar a construir una sólida estrategia de salida de una crisis que empezó siendo financiera y que amenaza con convertirse en crisis global.

Otra cosa es el contenido y las propuestas que el mundo empresarial pueda aportar al saneamiento de lo que **Belén Barreiro** ha llamado "*democracia sin política*". No parece posible ni necesario, ni siquiera oportuno pensar en un programa de partido como apuesta global del empresariado. La diversidad de las distintas apuestas, del diferente grado de desarrollo y competitividad internacional de todas y cada una de las empresas, no permiten vislumbrar siquiera un proyecto global de país más allá de las tradicionales demandas corporativas. Y sin embargo sí parece necesario alterar el comportamiento habitual de las empresas con relación a la política. Por ejemplo, y sin ánimo de ofrecer recetas milagrosas:

- mayor visibilidad de la empresa en el debate y fortalecimiento de su influencia en la sociedad civil.

- rechazo a las formas oscurantistas de relación con los partidos y apertura del diálogo con la totalidad de las formaciones haciendo llegar mensajes en positivo y de compromiso con el futuro.

-mejores instrumentos de inteligencia social y política. Refuerzo de las relaciones con los centros de conocimiento e investigación socio-políticos.

-planes de contingencia y de crisis.

En resumen, como pasar *“del que hay de lo mío”* a comportarse como *“empresas ciudadanas”*.

© Angel Alda

© Know Square S.L.